

STEVEN LEVITSKY Y LUCAN WAY

LOS ORÍGENES
VIOLENTOS DEL
AUTORITARISMO



REVOLUCIÓN Y DICTADURA

Ariel

Steven Levitsky y Lucan Way

Revolución y dictadura

Los orígenes violentos del autoritarismo

Traducción de Guillem Gómez Sesé

Ariel

Título original: *Revolution and Dictatorship*

© 2022 by Princeton University Press

Primera edición: mayo de 2025

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3863-7

Depósito legal: B. 7.558-2025

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Sumario

1. Una teoría sobre la persistencia de las revoluciones . . . 9

I

REVOLUCIONES CLÁSICAS

2. Los orígenes revolucionarios de la longevidad soviética . 73
3. Los orígenes revolucionarios de la persistencia
autoritaria en China 129
4. La persistencia del régimen revolucionario
de México 173

II

REGÍMENES DE LIBERACIÓN NACIONAL

5. Origen y divergencia en los caminos de los regímenes
de Vietnam, Argelia y Ghana 229

III

DILUCIDANDO LAS VARIAS DERIVAS DE LA REVOLUCIÓN

6. Radicalismo y persistencia. Cuba e Irán 297
7. Fracasos radicales. Las prematuras muertes de
la República Soviética de Hungría, los Jemerres
Rojos y los talibanes 363

8. Acomodación e inestabilidad. Bolivia, Nicaragua y Guinea-Bisáu.	397
9. Conclusiones.	459
<i>Apéndice I. Análisis estadístico de los regímenes revolucionarios y no revolucionarios</i>	515
<i>Apéndice II. Operacionalización de las principales variables</i>	541
<i>Apéndice III. Codificación resumida de todos los regímenes autoritarios, 1900-2015</i>	551
<i>Agradecimientos.</i>	567
<i>Notas y bibliografía</i>	571
<i>Índice analítico</i>	573

Capítulo 1

Una teoría sobre la persistencia de las revoluciones

En junio de 1941, el poder soviético pendía de un hilo. Desbordada ante la invasión de las tropas nazis, la Unión Soviética cedió inmensas extensiones de territorio, al tiempo que divisiones rusas enteras perdían el contacto con sus superiores. A lo largo y ancho del país, el Ejército Rojo se iba descomponiendo en hordas de fugitivos que intentaban sortear el cerco alemán. En las altas esferas del Gobierno reinaban el pánico y la confusión.¹

Cualquiera habría anticipado que el régimen soviético iba a derrumbarse, víctima de un alzamiento por parte de una ciudadanía que llevaba años padeciendo la hambruna y la represión, o bien a manos de un golpe de oficiales del Ejército, enfurecidos contra las brutales purgas de Iósif Stalin y su catastrófica injerencia en cuestiones militares. Sin ir más lejos, había sido el desastre de las fuerzas armadas durante la Primera Guerra Mundial lo que precipitó la caída del régimen zarista. Del mismo modo, se podían atribuir las demoledoras primeras semanas de la invasión al liderazgo de Stalin. Este se negó a prepararse para una invasión, a pesar de la gran cantidad de informes de inteligencia que advertían que el ataque sería inminente. De hecho, ordenó que se dismantelaran las fortificaciones defensivas que se hallaban en el este, dejando a gran parte de la retaguardia soviética a su suerte.² Varios días después de la invasión alemana, Stalin se retiró a su dacha mientras dejaba en la estacada al resto de los mandatarios. Un pequeño grupo de miembros del Politburó se atrevieron a visitarlo sin que él los hubiera invitado —una decisión arriesgada en la Rusia estali-

nista—. ³ Según un testimonio, los líderes soviéticos encontraron a Stalin a solas en la penumbra, hundido en un sillón y, según parece, esperando a que lo arrestaran. ⁴ Reconoció más adelante que «cualquier otro Gobierno que hubiera sufrido semejantes pérdidas territoriales [...] habría sucumbido». ⁵ No obstante, el Gobierno de Stalin sobrevivió, y el comunismo soviético todavía resistiría medio siglo.

La supervivencia del régimen soviético a pesar de las calamidades extremas pone de manifiesto un fenómeno más general y de una enorme trascendencia. Las autocracias revolucionarias —aquellas que nacen de una revolución social violenta— tienen una capacidad extraordinaria de perdurar. El comunismo soviético subsistió setenta y cuatro años; el régimen del Partido Revolucionario Institucional (PRI) de México gobernó durante ochenta y cinco; los regímenes revolucionarios de China, Cuba y Vietnam permanecen todavía en el poder tras más de seis décadas. Del conjunto de los Estados modernos, solo un puñado de monarquías del golfo Pérsico gozan de una longevidad comparable.

Las autocracias revolucionarias no se contentan con resistir al embate del tiempo. Como la Unión Soviética, la mayoría de ellas ha sobrevivido a la hostilidad exterior, a malos resultados económicos y a la enorme incapacidad de sus políticas. El Partido Comunista de China logró aferrarse al poder a pesar del catastrófico Gran Salto Adelante y del «Gran Caos» que la Revolución Cultural desencadenó. El régimen comunista de Vietnam soportó la devastación a la que abocaron treinta años de guerra; el régimen revolucionario de Cuba sobrevivió a una invasión auspiciada por Estados Unidos, a un bloqueo comercial desgarrador y a la debacle económica que supuso el colapso de la Unión Soviética. También la República Islámica de Irán ha resistido a cuatro décadas de hostilidad internacional, que incluyen ocho años de guerra sanguinaria con Irak.

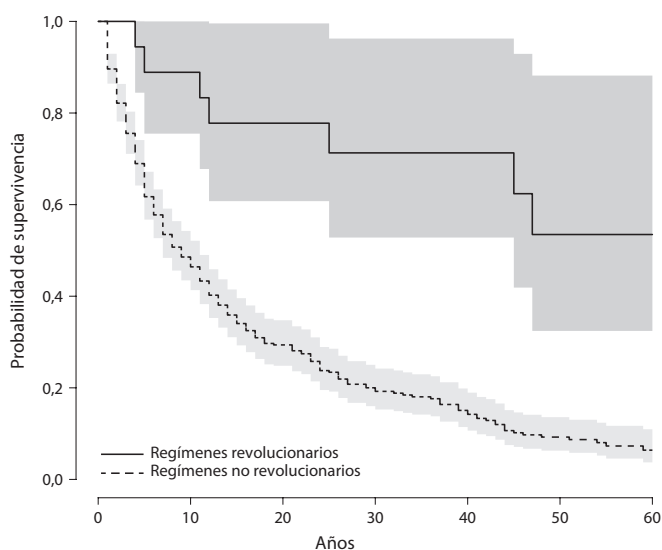
Por otro lado, la mayoría de los regímenes revolucionarios sobrevivieron al colapso global del comunismo. Durante la década de 1990, la desaparición del patrocinio extranjero, una crisis económica y una promoción sin precedentes de la democracia a escala internacional comprometieron a las autocracias

de todo el mundo.⁶ Aun así, muchos regímenes revolucionarios —incluyendo a los que en su día fueron comunistas en China, Cuba y Vietnam— permanecieron incólumes. De hecho, todos aquellos regímenes comunistas que han subsistido hasta el siglo XXI se originaron en una revolución violenta.* De modo parecido, en el África subsahariana, los únicos Estados clientelares de los soviéticos que sobrevivieron al fin de la Guerra Fría fueron Angola y Mozambique. Ambos surgidos tras violentas revoluciones sociales.

Estos casos no representan una anomalía. En un análisis estadístico de todos los regímenes autoritarios instaurados desde 1900 —que hemos llevado a cabo junto con Jean Lachapelle y Adam E. Casey—⁷ descubrimos que los regímenes autoritarios nacidos de una revolución social violenta resistían, de media, casi el triple que sus homólogos no revolucionarios.⁸ Los regímenes revolucionarios se desintegran a un ritmo anual que apenas llega a una quinta parte de los no revolucionarios.⁹ A modo de ilustración de estas diferencias, la figura 1.1 confronta en el estimador de Kaplan-Meier las probabilidades de sobrevivir que tienen ambos tipos de régimen, junto con intervalos de confianza del 95 por ciento. Resulta ser que un 71 por ciento de los regímenes revolucionarios han sobrevivido treinta años o más, en contraste con el exiguo 19 por ciento en el caso de los regímenes no revolucionarios.¹⁰ Lo más importante es que los orígenes tienden a facilitar que un régimen acabe siendo longevo, incluso cuando controlamos variables estándar como pueden ser el nivel de desarrollo económico, el aumento del producto interior bruto o PIB, la riqueza procedente del petróleo o el tipo de régimen autoritario (que esté fundamentado en un partido, o que sea militar, monárquico o personalista).¹¹

* Se trata de China, Cuba, Laos, Corea del Norte y Vietnam. Laos y Corea del Norte son casos ambiguos. Ambos, regímenes comunistas surgidos de un conflicto violento, pero debido a que el acceso al poder fue asistido en gran medida por una potencia extranjera (Vietnam en el caso de Laos, la Unión Soviética en el caso de Corea del Norte), no los listamos como revolucionarios. Con todo, las dinámicas del régimen en estos casos fueron paralelas a las de los casos revolucionarios.

FIGURA 1.1. Curvas de supervivencia de Kaplan-Meier



Lo mucho que llegan a perdurar los regímenes revolucionarios ha tenido consecuencias de largo alcance. Aunque en conjunto sean solo un puñado (hemos contabilizado veinte desde 1900), las autocracias revolucionarias han ejercido un impacto exorbitado en la política internacional moderna. Las revoluciones intensifican el poder estatal, a veces de manera drástica. Como observó Theda Skocpol,¹² la destrucción de las antiguas élites, junto con la movilización de enormes recursos humanos y demás recursos sociales, posibilita un veloz progreso industrial y militar. Este facilita que dichos Estados se adelanten a otros en la cola jerárquica de la geopolítica. Así es como la Revolución rusa transformó una sociedad de carácter agrario en una potencia industrial moderna capaz de derrotar a Alemania en la Segunda Guerra Mundial, y logró la paridad nuclear con Estados Unidos. La revolución sacudió el sistema capitalista global y propició la rivalidad de la Guerra Fría, que reorganizaría la geopolítica a partir de 1945. De modo similar, la Revolución china conllevó la centralización de un Estado que había sido endeble y fragmentado, y consiguió que el país llegara a ser una superpotencia. La Revolución de Cuba trans-

formó un Estado periférico en otro que logró intervenir con su Ejército en África.

Las revoluciones también comportan guerra.¹³ Los bruscos cambios en el poder nacional tienden a desestabilizar el orden regional, e incluso el internacional, aumentando las probabilidades de un conflicto militar.¹⁴ Los Gobiernos revolucionarios provocan un incremento en la incertidumbre y en la percepción de amenaza entre Estados vecinos y potencias globales, lo que a su vez acrecienta las posibilidades de que se produzca un conflicto entre países.¹⁵ Así pues, desde la Francia revolucionaria a la Rusia o la China comunista, pasando por el Vietnam poscolonial, hasta el Irán o el Afganistán del siglo *xxi*, los Gobiernos revolucionarios a menudo se han encontrado inmersos en guerras. En conjunto, los regímenes de signo revolucionario presentan casi el doble de probabilidades que los no revolucionarios de enzarzarse en un conflicto bélico.¹⁶

Estos también engendran nuevos modelos ideológicos y políticos que trascienden las fronteras nacionales. Con la Revolución Bolchevique apareció un modelo económico (el socialismo de Estado) y un modelo político (el leninismo) que se esparció por todo el planeta durante el siglo *xx*. Del mismo modo, la Revolución cubana produjo una nueva estrategia de guerrillas que transformó la izquierda latinoamericana y que polarizó la política de la región durante una generación.¹⁷ La Revolución iraní creó un nuevo modelo de teocracia moderna.

Los regímenes revolucionarios, además, han sido responsables tanto de algunas de las tragedias humanas como de la violencia más horrenda de la historia moderna, incluyendo la hambruna de 1932-1933 en Ucrania, el Gran Terror de Stalin, el Gran Salto Adelante de China o el genocidio de los Jemerres Rojos en Camboya.

Por último, los regímenes revolucionarios han supuesto un enorme quebradero de cabeza diplomático para las democracias occidentales. Pocos Estados se asocian más con la ineficacia de la política exterior estadounidense —cuando no con su rotundo fracaso— que los revolucionarios Vietnam, Cuba, Irán y Afganistán.

Este libro trata de explicar la extraordinaria perdurabilidad de los regímenes modernos surgidos de una revolución.* Basándonos en análisis comparativos históricos, argumentamos que las revoluciones sociales desencadenan una *secuencia de reacción* que moldea con intensidad la trayectoria del propio régimen a largo plazo.¹⁸ Los intentos de transformar de forma radical el orden social y geopolítico existente por Gobiernos revolucionarios desembocan a menudo en una guerra, sea civil o con otros países. La reacción de los contrarrevolucionarios desempeña un papel crítico en la perdurabilidad del régimen. Las guerras contrarrevolucionarias suponen una amenaza para la existencia de estos regímenes recién formados y, en algunos casos (por ejemplo, Afganistán o Camboya), los destruyen. No obstante, aquellos regímenes revolucionarios que sobreviven a períodos tempranos de violencia y amenaza militar acaban desarrollando tres pilares fundamentales en los que se apoyará su fuerza: (1) una élite cohesionada, (2) un aparato coercitivo muy desarrollado y leal, y (3) la destrucción de las organizaciones rivales y de otros centros de poder en la sociedad. Estos tres pilares contribuyen a vacunar a los regímenes revolucionarios contra la desertión de las élites, los golpes militares y las protestas en masa: las tres causas principales de la caída de los autoritarismos. De la implantación de tales medidas casi siempre se cosechan autocracias duraderas.

DEFINAMOS QUÉ ES UN RÉGIMEN AUTORITARIO

Hacer la revolución no es ofrecer un banquete, ni escribir una obra ni pintar un cuadro o hacer un bordado; no puede ser tan elegante, tan pausada y fina, tan apacible, amable, cortés, moderada y magnánima.

MAO ZEDONG¹⁹

* Nos centramos en regímenes revolucionarios surgidos tras la aparición de la política de masas en el siglo xx.

Las autocracias revolucionarias son regímenes políticos que surgen de revoluciones sociales. Definimos revolución social como el derrocamiento violento desde abajo de un régimen existente, acompañado de la movilización de masas y del colapso estatal, y que desencadena una veloz transformación del Estado y el orden social vigentes.²⁰

Las revoluciones sociales poseen cuatro características que, en conjunto, las distinguen del resto de las tipologías de cambio de régimen. En primer lugar, estas se producen de abajo a arriba. Con ello queremos decir que las dirigen movimientos que no pertenecen al Estado o al régimen.²¹ Estos pueden encarnarse en guerrillas armadas (China, Cuba, Eritrea o Vietnam), partidos políticos (Rusia) o movimientos sociales militantes (Irán) que se hacen con el poder mientras reina el desorden entre las masas. En todos los casos, la élite revolucionaria se adquiere del exterior del Estado preexistente. Un golpe militar no fundamentaría una revolución social.

En segundo lugar, las revoluciones sociales conllevan la expulsión violenta del antiguo régimen.²² Puede suceder en forma de una guerra civil (México o Ruanda), una lucha guerrillera (China, Cuba, Eritrea o Mozambique) o de una rápida y violenta toma del poder (Rusia, Bolivia en 1952 o Irán).

Tercero: las revoluciones sociales producen una transformación fundamental del Estado.²³ En principio, se requiere que el aparato coercitivo preexistente se desplome o deje de funcionar.²⁴ Se hacen añicos las cadenas de mando militar mediante un amotinamiento o la desertión en masa, y ello impide a las fuerzas de seguridad que funcionen como organizaciones cohesionadas. Es habitual que las estructuras de coerción preexistentes se acaben disolviendo (como sucedió en México, Cuba, Camboya, Nicaragua o Rusia) o, como es el caso de las revoluciones anticoloniales (en los ejemplos de Argelia, Mozambique y Vietnam), se batan en retirada. En el momento en que asumen el poder, las fuerzas revolucionarias con frecuencia disuelven las estructuras que quedan en pie y organizan nuevos Ejércitos, policías y burocracias; a menudo, desde cero.²⁵

En cuarto lugar, en las revoluciones sociales viene implícita la puesta en marcha de cambios socioeconómicos o cultu-

rales radicales.²⁶ Los Gobiernos revolucionarios tratan de imponer, a la fuerza, medidas que atacan los principales intereses de los actores domésticos e internacionales, o los de segmentos importantes de la sociedad. Dichas medidas incluyen la apropiación sistemática de la propiedad y un nuevo tipo de reparto; intentos de eliminar clases sociales al completo (por ejemplo, en China y Rusia); campañas para destruir las culturas, religiones u órdenes étnicos preexistentes (como en Irán o Ruanda); tentativas de imponer nuevas normas con las que regir la conducta social (Afganistán o Irán); e iniciativas en política exterior que busquen expandir la revolución y transformar el orden regional o internacional (es el caso de Hungría en 1919, Cuba, Irán o Rusia). Ya que estos proyectos radicales que buscan transformar la sociedad desencadenan una notable resistencia —que suele proceder de los aledaños del poder—, es inevitable que los acompañe una fuerte dosis de coerción. Este es el motivo por el que las revoluciones sociales son antagónicas al desarrollo de una democracia liberal.

Nuestro modo de definir revolución social es restrictivo.²⁷ Excluye, por lo menos, tres tipos de cambio de régimen que algunos expertos a veces describen como revolucionarios. Para empezar, no incluimos casos donde el cambio de régimen se fundamenta en las masas, pero donde las estructuras sociales y del Estado permanecen intactas —como se produjo en las llamadas «Revoluciones de Colores» de Serbia, Georgia, Ucrania y Kirguistán. Otra instancia son las transiciones de la Primavera Árabe en Egipto y Túnez, o las democratizaciones de la Tercera Ola en las Filipinas (1986) y Sudáfrica (1994).

Además, quedan fuera de nuestra definición los cambios radicales que puedan iniciar actores del interior del Estado. Las llamadas «revoluciones desde arriba»,²⁸ como la de Turquía con Kemal Atatürk, en Egipto con Gamal Nasser o Etiopía con Mengistu Haile Mariam, incumplen nuestros requisitos para considerarlas revoluciones, puesto que las dirigieron miembros del Estado y no masas que no formaban parte de su estructura. Lejos de inducir al colapso o a la transformación del Estado, las revoluciones desde arriba son obra del propio Estado.

También excluimos aquellos casos que surgen de un cambio violento de régimen, pero que no conllevan transformaciones sociales radicales. Estas —que incluyen la China gobernada por el Kuomintang (1927-1949), la Indonesia poscolonial y las contemporáneas Etiopía, Sudán del Sur y Uganda— pueden considerarse *revoluciones políticas*, que oponemos a las *revoluciones sociales*.²⁹ Los regímenes nacidos de revoluciones políticas a veces comparten características importantes con los regímenes social-revolucionarios, como pueden ser sus Ejércitos de nuevo cuño. A resultas de ello, a menudo las revoluciones políticas gozan también de una larga vida. Sin embargo, solo las de signo social vienen seguidas de una secuencia de revolución-reacción de la que llega a surgir la extraordinaria capacidad de perdurar que vemos en países como México, la Unión Soviética, la China comunista o Vietnam. Por ende, al emplear el término *régimen revolucionario* nos referimos a sistemas nacidos tras una revolución *social*.

Nuestra definición no engloba ciertos casos de renombre que se han denominado «revolucionarios», como pueden ser las *refoluciones** poscomunistas de 1989 a 1991.³⁰ Debido a que en Europa del Este tuvieron lugar alzamientos populares y que tras la caída del comunismo se produjeron transformaciones socioeconómicas de mucho calado, sus transiciones han sido descritas como revolucionarias.³¹ Ahora bien: no cumplen con nuestros criterios. Con la excepción de Rumanía,** las transiciones poscomunistas estuvieron marcadas por la paz, en tanto que las impulsaron manifestaciones no violentas (en Europa del Este) o, en el caso soviético, elecciones (en 1990) o protestas pacíficas (tras el golpe de 1991).*** Además, la mayoría de

* Este término es el resultado de unir las palabras *revoluciones* y *reformismo*. En el original *refolutions*, que es un término algo humorístico, ya que se puede interpretar como *refauxlutions*. (N. del T.)

** La caída del comunismo en Rumanía no se considera un caso de revolución porque el Estado rumano permaneció intacto y porque el nuevo Gobierno de Ion Iliescu, antiguo oficial comunista, no realizó transformaciones sociales radicales.

*** Los regímenes poscomunistas también entraron en el poder mediante elecciones en la antigua Yugoslavia.

las transiciones poscomunistas dejaron intactas importantes estructuras estatales, como los Ejércitos preexistentes.³²

De nuestra definición se escapan también los regímenes fascistas. Aunque tanto la Alemania nazi como la Italia de Benito Mussolini se hayan tildado de revolucionarias,³³ nazis y fascistas italianos alcanzaron el poder a través de las instituciones, y con respaldo de oficiales estatales.³⁴ Nunca colapsaron sus Estados.

El modo en que definimos revolución resulta, así pues, más exigente que las que buena parte de la bibliografía contemporánea maneja. Las definiciones minimalistas, como las de Mark R. Beissinger, Jack Goldstone o Jeff Goodwin, entre otros, categorizan como revoluciones todas aquellas sumas de «cambios irregulares, extraconstitucionales y, a veces, violentos, del régimen político y del control del poder estatal ocasionados por movimientos populares».³⁵ Al descuidar criterios como la transformación del Estado y de la sociedad, estas definiciones ensanchan el concepto de revolución hasta englobar una amplia gama de casuísticas: sean las violentas revoluciones sociales de China y Rusia o el derrocamiento de autócratas mediante protestas —como en la caída de Ferdinand Marcos en las Filipinas, Slobodan Milošević en Serbia o Zine el-Abidine Ben Ali en Túnez. Nuestra definición solo es pertinente para una serie más delimitada —aunque sí más uniforme— de casos.

Para identificar los regímenes revolucionarios, elaboramos un listado de la totalidad de 355 autocracias que ha habido desde 1900, basándonos en los datos que Barbara Geddes, Joseph Wright y Erica Frantz ofrecen en «Autocratic Breakdown and Regimes Transitions» ('Colapso autocrático y regímenes de transición') (GWF).³⁶ A continuación, estrechamos aún más nuestra lista para centrarnos en los Gobiernos que alcanzaron el poder de modo irregular (es decir: ni por vía sucesoria ni a través de elecciones) y por parte de gente ajena al Estado (no a través de un golpe militar, en otras palabras).³⁷ Por último, dejamos fuera aquellos casos en que los nuevos Gobiernos no promovieron la transformación radical del Estado o el orden social. (Nuestros criterios de clasificación y el motivo por el que excluimos cada una de las instancias no revolucionarias pueden consultarse en los apéndices II y III.)³⁸

Para no dejarnos en el tintero a ningún Gobierno revolucionario que hubiera colapsado antes de llegar a su primer año natural de vida —con lo que no cumpliría con los criterios de GWF sobre qué constituye un régimen—,³⁹ indagamos también acerca de los 219 líderes autocráticos que ocuparon el poder por lo menos durante un día, pero menos de un año.⁴⁰ Identificamos dos Gobiernos revolucionarios que murieron en su primera infancia: Finlandia en 1918 y Hungría en 1919.⁴¹ Tras no haber sabido identificar más que dos casos de este tipo confiamos en que no quedarán por detectar otros Gobiernos revolucionarios de corta existencia.*

TABLA 1.1. Regímenes revolucionarios desde 1900

Afganistán, 1996-2001
Albania, 1944-1991
Argelia, 1962-
Angola, 1975-
Bolivia, 1952-1964
Camboya, 1975-1979
China, 1949-
Cuba, 1959-
Eritrea, 1993-
Finlandia, 28 de enero-13 de abril, 1918
Guinea-Bisáu, 1974-1999
Hungría, 21 de marzo-29 de julio, 1919
Irán, 1979-
México, 1915-2000
Mozambique, 1975-
Nicaragua, 1979-1990
Rusia, 1917-1991
Ruanda, 1994-
Vietnam, 1954-
Yugoslavia, 1945-1990

Así pues, en conjunto, encontramos veinte autocracias revolucionarias desde el año 1900; son las que enumeramos en la tabla 1.1. En términos de longevidad de los regímenes, nuestros casos abarcan desde los que sobrevivieron menos de un año (Finlandia o Hungría) hasta aquellos que duraron más de se-

* Así, 217 de los 219 líderes que llegaron al poder de forma irregular y sobrevivieron menos de un año no eran revolucionarios (según el conjunto de datos Archigos).

tenta (China, México o Rusia). Incluyen tanto a regímenes que surgieron de revoluciones sociales clásicas, como las de China, Cuba, México y Rusia, como aquellas fundamentadas en las luchas de liberación nacional radical, como en Argelia, Camboya, Mozambique y Vietnam. El listado también menciona algunos casos posteriores a la Guerra Fría que no siempre son tratados como revoluciones sociales. Es el caso de Ruanda, donde el Gobierno del Frente Patriótico Ruandés promulgó medidas con las que revocar el orden étnico preexistente,⁴² o el de Eritrea, donde el Frente de Liberación Popular Eritreo intentó reorganizar de manera radical la estructura rural de su sociedad.⁴³

Diecisiete de los veinte regímenes que aparecen en la tabla 1.1 son de izquierdas. Esta tendencia se puede atribuir a la mayor probabilidad de que, en los siglos xx y xxi, fueran las fuerzas de izquierdas (y, más adelante, las islamistas) las que buscaran poner patas arriba el orden social existente de forma radical —una característica con la que se define a una revolución social—. En general, lo que quieren las fuerzas conservadoras o derechistas es preservar el orden social existente.⁴⁴

Por último, todos los regímenes que abarca nuestra definición son autoritarios. A nadie le debería sorprender. Ya que cualquier proyecto para transformar a fondo la sociedad va a atacar a los intereses vitales o al modo de vida de poderosos actores del país, así como a grandes capas de la sociedad, estos requieren un nivel de violencia y coerción que resulta incompatible con la democracia liberal.⁴⁵ Las revoluciones sociales pueden contribuir a una democratización a largo plazo, por ejemplo, si destruyen instituciones o clases sociales que impiden el cambio democrático, como Barrington Moore concluye que sucedió en Francia.⁴⁶ Pero, en cualquier caso, en todos nuestros ejemplos de revoluciones su régimen inicial ha sido autoritario.

UNA TEORÍA SOBRE LA DURABILIDAD DE LOS REGÍMENES REVOLUCIONARIOS

Este libro pretende explicar la durabilidad de los regímenes autoritarios. Los regímenes autoritarios duraderos son aque-

llos en que un partido único, una coalición o una camarilla permanecen en el poder de forma continua, en general alargándose tras la vida de sus líderes fundadores y, a menudo, a pesar de condiciones adversas.⁴⁷ Es menos probable que las autocracias resistentes lleguen a ser cuestionadas de verdad, sea desde dentro (en forma de golpe, por ejemplo) o por parte de la sociedad (protestas de gran magnitud), incluso si se dan el tipo de circunstancias —como pueden ser una crisis económica, un enorme incumplimiento de sus políticas o la sucesión del líder— con las que dichas disputas suelen aflorar. Asimismo, cuando sí aparecen amenazas al régimen, las autocracias duraderas cuentan con más tablas para contrarrestarlas.

A principios del siglo XXI, hemos visto cómo se indaga cada vez más sobre los motivos de la perdurabilidad autoritaria. Algunos expertos señalan que las causas económicas influyen en la estabilidad de un régimen. Una de ellas es el crecimiento. Las investigaciones han demostrado que el crecimiento de la economía puede contribuir a mantener una autocracia, ya que se limita el descontento público. Este brinda al Gobierno recursos suficientes para aunar fuerzas a favor del régimen y, a la vez, absorber a sus adversarios potenciales.⁴⁸ Otros estudios apuntan al papel de la riqueza en recursos naturales —y al petróleo en particular— a la hora de sostener una autocracia.⁴⁹ No obstante, ha habido pocos regímenes revolucionarios que hayan logrado un crecimiento económico continuado (en un principio, por lo menos) o que contaran con una ingente cantidad de recursos naturales. De hecho, la mayoría de los regímenes han sufrido crisis económicas severas que pueden asociarse con su colapso.

Buena parte de los escritos contemporáneos sobre la perdurabilidad autoritaria hacen hincapié en el papel de las instituciones políticas.⁵⁰ Los investigadores sostienen que las instituciones pseudodemocráticas como las elecciones, las legislaturas y los partidos de gobierno ayudan a los autócratas a recabar información,⁵¹ captar a los opositores,⁵² o bien proporcionar mecanismos que sirven para coordinar y cohesionar a la élite gobernante.⁵³

Los razonamientos que se centran en las instituciones se fijan en el papel de los partidos políticos.⁵⁴ Se suele decir que

las formaciones de gobierno incrementan la estabilidad autoritaria al crear incentivos para que las élites cooperen en lugar de desertar. Al ofrecer mecanismos institucionales que regulan el acceso al saqueo público y al alargar los horizontes temporales de sus actores a través de futuras posibilidades de escalar, tener un partido fomenta la lealtad a largo plazo.⁵⁵ Quienes, a corto plazo, salen perdiendo en las luchas de poder mantienen su fidelidad, ya que esperan acceder en los siguientes asaltos. Así, los partidos minimizan la posibilidad de que a alguien le salga a cuenta pensar en la desertión. Esta se suele considerar uno de los principales motivos por los que el autoritarismo llega a descomponerse.⁵⁶

Puesto que la mayoría de los regímenes revolucionarios son gobernados por partidos fuertes, en apariencia, los casos revolucionarios parecen adecuarse a dichas teorías. Aun así, lo que los razonamientos institucionalistas consiguen explicar es limitado. Como nos muestra Benjamin Smith, los regímenes autoritarios que tienen un partido en su centro pueden tener avatares muy diversos.⁵⁷ Mientras que algunos de ellos sobreviven décadas, incluso si se enfrentan a una intensa oposición o a crisis económicas severas (como Malasia o Zimbabue), otros (Pakistán en 1958 o Ghana en 1966) no tardan en colapsar; esto ocurre, a menudo, en el momento en que son puestos a prueba. Lo que es más: como demostramos en este libro, que sobre el papel exista un partido al frente nos dice poco sobre el poder que ostenta.⁵⁸

Por otra parte, bien puede ser que los partidos, por sí mismos, en realidad no ejerzan el poder causal que los estudios les adjudican.⁵⁹ Si volvemos al origen de muchas autocracias con partidos en su centro, comprobaremos como estos muchas veces eran débiles o inexistentes en sus inicios. La élite revolucionaria no creó el partido que gobernó México hasta quince años después de la toma del poder; el Partido Comunista de Cuba solo se estableció seis años después de la revolución, y este permaneció inoperante durante la década posterior a su fundación. Incluso el Partido Bolchevique —que se convirtió en modelo para los regímenes de partido leninistas— en un principio fue endeble, y estaba asolado por los conflictos internos. Como en otros ca-

sos, los partidos fueron acumulando poder de forma paralela a los procesos de construcción del Estado y de consolidación del régimen. Esta secuencia sugiere que tal vez otros factores, más externos, también influyan. Dicho de otra manera, los partidos fuertes pueden contribuir a que un autoritarismo dure. Sin embargo, debemos entender antes de dónde salen.

Nuestro análisis estadístico añade pruebas de que tener un origen revolucionario se vincula con autoritarismos de partido más duraderos.⁶⁰ Hemos concluido que, de entre los regímenes autoritarios que han surgido desde 1900, aquellos que se sedimentaron a partir de una revolución poseen una mayor robustez que otros. Un régimen revolucionario tiene menos de la mitad de posibilidades de colapso, en el año que sea, que otro de orígenes no revolucionarios.⁶¹

Varias teorías académicas para explicar la variación en cuanto a la longevidad de los sistemas autoritarios se basan en la historia, y examinan el papel de sus orígenes.⁶² Este planteamiento se remonta a Samuel Huntington. Hace más de medio siglo, subrayó que los partidos fuertes están anclados en «la disputa y la violencia».⁶³ Según Huntington, la fuerza de los regímenes de partido único se fundamenta en «la duración y la intensidad de la lucha para obtener o consolidar el poder tras haber tomado el gobierno».⁶⁴ Por ende, los partidos que surgen de una revolución violenta o de una larga pugna nacionalista resultan ser los más duraderos, mientras que aquellos que logran el control del Estado y lo consolidan «con facilidad, sin grandes forcejeos», tenderán a «marchitarse en el poder».⁶⁵ Katharine Chorley⁶⁶ señaló ya una generación antes de Huntington el papel crucial de las revoluciones sociales a la hora de facilitar la construcción de organismos coercitivos fuertes y leales. Este libro profundiza en sus observaciones y las pone a prueba.

Existe un abundante acervo de estudios acerca de las revoluciones sociales.⁶⁷ Gran parte de las investigaciones se centran en las *causas* de la revolución. Los investigadores llevan largo tiempo debatiendo sobre la función causal de la modernización, la estructura de clases, la cultura, la ideología y el liderazgo.⁶⁸ Ahora bien, desde que se publicó el rompedor *States and Social Revolutions* [Estados y revoluciones sociales],⁶⁹ de Theda Skocpol,

existe un consenso —al que nos adherimos en este ensayo— en cuanto a que la debilidad de un Estado es condición necesaria para una revolución.⁷⁰ Las revoluciones solo tienen lugar cuando los Estados se encuentran incapacitados por la guerra, la descolonización o el deterioro de un régimen sultanístico.*⁷¹

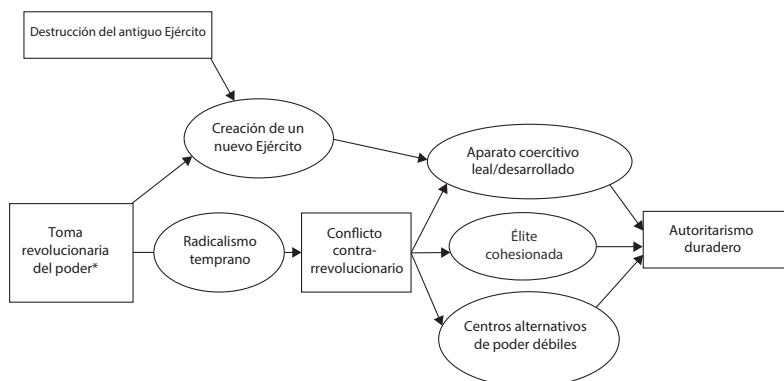
Menos conocemos, en cambio, acerca de las *consecuencias* de la revolución, en particular en lo que afecta a los regímenes políticos. Los investigadores han analizado el impacto de la revolución sobre la cultura,⁷² la redistribución y la igualdad sociales,⁷³ así como sobre la construcción del Estado.⁷⁴ Se han vinculado las revoluciones con el desarrollo de fuertes estructuras de coerción,⁷⁵ el aumento de la represión y el terror⁷⁶ y la guerra.⁷⁷ De todos modos, han existido menos intentos de teorizar sobre el modo en que las revoluciones sociales moldean los regímenes políticos.⁷⁸

La secuencia revolución-reacción

Basándonos en Huntington,⁷⁹ así como en resultados más recientes de especialistas como James Mahoney,⁸⁰ Benjamin Smith⁸¹ o Dan Slater,⁸² opinamos que lo acontecido durante el período de fundación de un régimen revolucionario a la larga tendrá un profundo impacto en su trayectoria. Haberse originado en una revolución conduce a lo que Mahoney denomina una «secuencia de reacción»:⁸³ es decir, una serie de conflictos violentos que, en caso de no destruir el régimen durante sus primeras etapas, fortalecen de manera espectacular sus instituciones estatales y, a la vez, debilitan a las demás que existen en su sociedad. Con ello sientan las bases para un autoritarismo duradero.

* Según Juan Linz, politólogo de referencia en varias obras de Steven Levitsky, el sultanismo es una forma de autoritarismo que se caracteriza por la centralidad del personalismo y donde el intercambio de favores a título individual garantiza el funcionamiento del sistema. Estos regímenes poseen un escaso fundamento ideológico: tienden a ser descritos como ejemplos de rapacidad personal donde el poder en sí mismo es el objetivo. (*N. del T.*)

FIGURA 1.2. La secuencia de revolución y reacción de tipo ideal



* En algunos casos (por ejemplo, China) la secuencia de reacción tiene lugar antes de la toma del poder.

En la secuencia revolución-reacción de tipo ideal, que resumimos en la figura 1.2, un radicalismo temprano generará una reacción contrarrevolucionaria violenta, que a menudo facilitarán potencias extranjeras. Esta respuesta contrarrevolucionaria resulta crucial a la larga para que el régimen logre sobrevivir, dado que supone una amenaza existencial que obliga a las élites a cohesionarse, anima al desarrollo de un aparato de coerción poderoso y fiel y facilita la destrucción de entidades rivales y centros independientes de poder que existan en la sociedad. Este proceso de construcción del Estado y debilitamiento social prepara las bases de un Gobierno autoritario de larga duración. En los ejemplos clásicos (como son Rusia, Cuba o Irán), o lo que Huntington llama el tipo «occidental» de revolución,⁸⁴ la secuencia de reacción empieza tras producirse la toma del poder nacional. En algunos de estos (China, Vietnam o Yugoslavia), sin embargo, buena parte del conflicto y la transformación tienen lugar *antes* de que tomen el poder nacional (Huntington nombró como «oriental» este tipo de revolución). Más allá de producirse en secuencias distintas, este libro muestra cómo las sendas revolucionarias «occidental» y «oriental» siguen trayectorias equiparables y dan origen a regímenes de duración parecida.

Dos sendas revolucionarias alternativas conducen a regímenes menos duraderos. Una es una senda radical que lleva a una *muerte prematura*, en la que los ataques revolucionarios contra los grandes intereses nacionales e internacionales encienden la mecha de un conflicto militar que destruirá el régimen. Hungría (1919), la Camboya de los Jemeres Rojos y el Afganistán que gobernaron los talibanes (1996-2001) siguieron este camino. La otra senda alternativa es la de la *acomodación*, donde los revolucionarios inician cambios sociales de enorme pretensión, pero luego moderan o abandonan la mayoría de sus medidas para impedir una respuesta contrarrevolucionaria. Este método, más pragmático, a menudo logra limitar un conflicto violento; sin embargo, cuando no se produce dicho conflicto, los Gobiernos revolucionarios son menos proclives a formar una élite cohesionada, construir un aparato coercitivo potente y leal, o destruir los centros independientes de poder. Este tipo de regímenes en un principio tienden a sobrevivir, pero, al no tener bases duraderas, son proclives a inestabilizarse. Las amenazas que les plantea la oposición —desde dentro o fuera de la sociedad— suceden con más frecuencia y más fuerza. Por ende, tienen más probabilidades de socavar el régimen. Este fue el recorrido de regímenes como el de Argelia, Bolivia y Guinea-Bisáu.

La toma del poder: radicalismo temprano y el rol de la ideología

No se puede llevar a cabo el cambio fundamental sin cierta dosis de locura.

THOMAS SANKARA⁸⁵

Cuando observamos la fuerza de los regímenes de México y de la Unión Soviética durante las décadas de 1950 y 1960, o de la China y el Vietnam contemporáneos, resulta fácil olvidar que la mayoría de las autocracias revolucionarias nacen siendo débiles. Los revolucionarios toman el poder cuando implosiona el Estado: cuando Ejércitos, fuerzas policiales y burocracias ya existentes han sido destruidos en parte o del todo. Es inevitable, pues,

que las nuevas élites revolucionarias hereden Estados débiles. Los Ejércitos rebeldes a menudo son demasiado pequeños, con escasa dotación e insuficiente experiencia para mantener el orden en todo el territorio nacional.⁸⁶ En Rusia, por ejemplo, a fecha de octubre de 1917, las fuerzas bolcheviques tenían muy poca presencia aparte de en las principales ciudades. Los revolucionarios albaneses carecían casi por completo de estructuras de Estado cuando Enver Hoxha declaró la victoria a finales de 1944.⁸⁷ Los de Irán, por su parte, controlaban como mucho una «milicia unida a toda prisa, desorganizada y mal entrenada» en el momento en que se hicieron con el poder en 1979.⁸⁸

Los partidos tienden también a poseer poca entidad durante el período que sigue a la revolución. En Cuba, por ejemplo, Fidel Castro estuvo en el poder sin un partido entre 1959 y 1965. Incluso tras su establecimiento formal en 1965, al Partido Comunista de Cuba se le dio pocas funciones.⁸⁹ Ni siquiera llegó a celebrar un solo congreso antes de 1975, permitiendo así a Castro el mando en medio de un «vacío institucional».⁹⁰ De modo similar, los revolucionarios mexicanos carecieron de partido propio durante sus primeros doce años al mando. Incluso en Rusia, la cuna del modelo leninista de partidos, los bolcheviques se vieron asediados por los conflictos internos y una escasa disciplina.⁹¹

La ausencia de un partido fuerte o de un aparato de coerción hace vulnerables a los Gobiernos revolucionarios frente a amenazas de actores variopintos, desde las élites del antiguo régimen a vestigios del Ejército anterior, pasando por organizaciones políticas rivales que buscan el poder tras el colapso del sistema precedente. Por ejemplo, el Gobierno revolucionario de México se tuvo que enfrentar a lo que quedaba del antiguo Ejército Federal, a los terratenientes y a los Ejércitos rivales de Francisco (Pancho) Villa y Emiliano Zapata durante casi una década tras la toma del poder. Los bolcheviques se enfrentaron a la oposición de los Ejércitos Blancos y a la de otras reliquias del zarismo, además de a dos partidos socialistas rivales: los mencheviques y los socialistas revolucionarios.

Al no contar con un ejército eficiente ni un partido, y rodeados por multitud de enemigos reales y potenciales, los nue-

vos Gobiernos revolucionarios son dados a la vulnerabilidad. Como ha observado George Pettee con agudeza, los revolucionarios que se hacen con la victoria no toman el poder «como jinetes a caballo [...], sino como niños asustados que exploran una casa vacía sin saber con certeza si lo está de verdad».⁹²

Lo que sucede tras conseguir el poder puede comprenderse como una coyuntura crítica.⁹³ Durante esta, cómo se comporte la élite revolucionaria puede tener consecuencias a largo plazo para el régimen. Los Gobiernos no revolucionarios tienden a responder con pragmatismo a las condiciones de extrema vulnerabilidad, e intentan ampliar sus apoyos en el país, hacerse con la confianza de inversores y cultivar una legitimidad internacional con el objeto de atraer respaldo extranjero. En la Indonesia poscolonial, por ejemplo, Sukarno trató de formar una amplia coalición de gobierno que incluía facciones de nacionalistas, marxistas y conservadores religiosos.⁹⁴ A modo de comparación, cuando el Movimiento de Liberación Popular se hizo con el control de Sudán del Sur en 2011 empezó a otorgar poder a los jefes tradicionales y se reconcilió con los demás grupos competidores de todo el país.⁹⁵

Lo que hacen la mayoría de los Gobiernos revolucionarios es justo lo contrario. Con la toma del poder, sus élites se embarcan en iniciativas políticas radicales que resultan amenazantes para los intereses de agentes domésticos y extranjeros, y trastocan el *modus vivendi* de gran parte de la sociedad.⁹⁶ Por ejemplo, los bolcheviques abolieron la propiedad privada, paralizaron el abono de pagos y rechazaron la deuda extranjera de Rusia, provocando «ondas sísmicas» en el sistema financiero internacional.⁹⁷ Algo parecido les sucedió a los revolucionarios cubanos, que ignoraron el consejo de sus patrocinadores soviéticos e intentaron exportar la revolución armada por toda América Latina en la década de 1960.⁹⁸ Este «mesianismo revolucionario» situó a Cuba en el punto de mira del Gobierno estadounidense, que empezó a representar una amenaza directa a la supervivencia del régimen.⁹⁹

Siendo estrictos, esta actitud radical no se puede entender en términos de maximización del poder. Iniciativas como pueden ser la reforma agraria radical, la expropiación a gran escala de

empresas de titularidad extranjera, enfrentarse con las potencias vecinas u occidentales o incluso intentar borrar del mapa la cultura laica ponen en jaque los grandes intereses y alteran las vidas de millones de personas. Para los nuevos Gobiernos que presiden Estados débiles, dichas estrategias son de altísimo riesgo. A veces, son el motivo de su defunción (como en Hungría, Afganistán o Camboya). Esta conducta propensa al riesgo se vehicula mediante la ideología.¹⁰⁰ Las revoluciones «sitúan a idealistas extremos [...] en posiciones de poder que no habrían tenido de forma habitual».¹⁰¹ Como ha argumentado Stephen E. Hanson, los compromisos ideológicos fuertes ensanchan los horizontes temporales con los que estos planean sus acciones. Los líderes ideológicos actúan «con la seguridad de “saber” que tendrán éxito a la larga»; de este modo, «renuncian a las ventajas del comportamiento egoísta y cortoplacista con el objeto de promover la causa del colectivo ideológico».¹⁰² Sin duda, se puede demostrar que para los líderes revolucionarios como Vladímir Lenin, Béla Kun, Mao Zedong, Pol Pot, el mulá Mohammed Omar, Ho Chi Minh, el ayatolá Ruhollah Jomeini o Samora Machel la ideología tenía un peso inusual, si consideramos su notable énfasis en visiones utópicas o escatológicas de un nuevo orden mundial.¹⁰³

Reacción contrarrevolucionaria

Forrest D. Colburn observó que «del mismo modo que Newton demostró que toda acción acarrea una reacción, también toda revolución suscita una contrarrevolución».¹⁰⁴ Es un hecho casi invariable que las iniciativas radicales de los nuevos Gobiernos revolucionarios generarán sus reacciones violentas correspondientes, sea en el propio país o en el extranjero.¹⁰⁵ La expropiación de bienes privados a gran escala, los asaltos a instituciones culturales o religiosas y el intento de poner en tela de juicio el orden geopolítico existente casi siempre desencadenan movimientos contrarrevolucionarios nacionales, una agresión militar externa, o ambos.¹⁰⁶

A la mayoría de las revoluciones les sigue el surgimiento de movimientos armados contrarrevolucionarios, avalados con

frecuencia por países extranjeros, y que se deben derrotar para que el nuevo régimen prospere.¹⁰⁷ Los bolcheviques se vieron abocados a una guerra civil contra la Guardia Blanca, respaldada por fuerzas británicas, francesas, japonesas y estadounidenses. El Gobierno de Castro se enfrentó a una campaña contrarrevolucionaria que culminó en la invasión de la bahía de Cochinos en 1961. En el caso de Mozambique, los experimentos radicales en el mundo agrario, junto con el apoyo de insurgentes en Rodesia por parte del Frente de Liberación de Mozambique (Frelimo), condujeron a la aparición de una insurgencia apoyada por Rodesia y Sudáfrica.

Las revoluciones también provocan guerras *externas*, a menudo con Estados colindantes cuyos Gobiernos se sienten amenazados por el Gobierno revolucionario, o bien buscan su oportunidad tras el colapso del Estado.¹⁰⁸ Por ejemplo, la sanguinaria guerra entre Irán e Irak (1980-1988) fue consecuencia directa de la Revolución iraní, ya que Sadam Husein veía en el Gobierno de Jomeini un peligro.¹⁰⁹ El Gobierno revolucionario de Vietnam se embarcó en una guerra asoladora con Estados Unidos, mientras que a la Revolución camboyana le siguieron hostilidades con Vietnam. En la década de 1990, Eritrea se enzarzó en un conflicto militar con todos y cada uno de los países con los que compartía fronteras terrestres. Un balance notable, de diecisiete entre veinte revoluciones, condujo a guerras civiles o con el exterior.*

Los conflictos posrevolucionarios generan amenazas existenciales de larga duración, a menudo por parte de enemigos poderosos.¹¹⁰ Vietnam, por ejemplo, vivió en un estado ininterrumpido de guerra —contra Francia y más tarde contra Estados Unidos— durante treinta años. El Gobierno revolucionario de Cuba se enfrentó a décadas de hostilidad sin tregua estadounidense y sus dirigentes persistieron en su «mentalidad de asedio» incluso hasta el principio de los dos mil.¹¹¹

* Se trata de Afganistán, Albania, Angola, Camboya, China, Cuba, Eritrea, Finlandia, Hungría, Irán, México, Mozambique, Nicaragua, Rusia, Ruanda, Vietnam y Yugoslavia. En Albania, China y Yugoslavia, el grueso de la guerra contrarrevolucionaria tuvo lugar antes de la toma del poder nacional.